

Rapsodia de la urraca ladrona (o que Rossini nos perdone)

Francisco López Ruiz

¿El clima de la ciudad? ¿Qué quieres que te diga, periodista Espantoso!...
No. No tú, sino el clima. Nunca llueve de verdad. Gotitas finas pero hipócritas. Puede llegar el fin del mundo y la llovizna no se te acaba. Después de subir y bajar por callejones tortuosos terminas mentando madres porque no trajiste la sombrilla.

Beh! Mi hijo Vincenzo *sempre* ha sido un *temperamentale*. Un hombre *appassionato*. Pero con el español no puede; *poverino*. Ya se lo he dicho: **Vincenzo, impara, impara lo spagnolo. Se riesgo a parlarlo io, anche tu puoi!** *Ma no*, él es muy necio: se resiste. Ya le digo a usted, su carácter es fuerte. Todo un Ascalone y eso se le nota en la facha.

Hoy es un día especial... sí. Las nubes bajas avanzan tocando la punta de los oyameles para seducir el follaje. El velo del misterio se mezcla con las ramas mientras una serpiente perezosa invade las esquinas, sin prisa por devorar a los paisanos. En esta ciudad el follaje no es un color; ni siquiera es una gama de colores. El follaje es infinito. Avanza, retrocede, se inventa.

Un orgullo, para Radio Universidad, transmitir el estreno de esta noche.
Algunos comentarios:

—**Manchmal dirigiert Ascalone, als führe er Krieg. Er lauert über der langsam Steigenden Spannung, mit beiden Armen jene Expositionen im Orchester auszulösen.**

Muchas gracias por su opinión, Herr Bauer, contrafagot de la Sinfónica.
Otras impresiones:

—El estreno de la Sinfónica fue como un concierto de rock, pero sin ruido.

—Pues... bonito, ¿no?

—Yo opino que... ¿Estamos al aire?... Pues yo digo que... ¡Viva Verdi, cabrones!

—Mejor hubiera ido al teatro. Me habría aburrido menos con Shakespeare, pero ya ve: entré a la sala equivocada.

—Cumplen pero no cautivan. Desconocen el verdadero trasfondo rossiniano.

El jazz, por ejemplo, es una expresión artística sabia: ya ha podido liberarse de esos higos gigantes que andan diciendo por ahí «el orquesta soy yo». Dichos entes higocéntricos, con sus batutos plateados, antes no existían, pero hoy se sienten muy Vivaldis. El de-sastro vino cuando los compositores permitieron que otros los sustituyeran en el es-trado. Entonces llegaron los compositores frustrados con rasgos autoritarios. Un director es un payaso gesticulante con el batuto en la mano, bueno para decirte que te va a meter el arco por la cola si no haces lo que él te dice. Se cree la estrella del espectáculo. Ignora que los primeros violinos también existimos.

El espectador atento... sí; un líder irremplazable confiere vida a la música. Un director de orquesta debe ser capaz de cohesionar un núcleo de artistas en torno suyo. Después de todo, ¿qué es una partitura? Papel, manchas de tinta sobre el pentagrama. El director da vida a la música en los oídos y la

mente del público. Un buen director conoce a su autor tanto como a su señora... o aún más.

¡Bravo! ¡Un brindis por nosotros! Tus ojos en mis ojos, ¿recuerdas, Gerardo? (Te escucho: tú me regalas la mirada). Ya no me amas (¡muy fácil decirlo!). Dijiste que no podías vivir sin mí (y fue cierto: tu vida sin mí era imposible). ¿Qué es mejor, dime? ¿Vivir de mentiras? ¿Morir por verdades? (Yo prefiero la ilusión, Gerardo).

Mi propia guerra, personal e intransferible. Un destello rasga la oscuridad y la divide en dos, cuatro, mil fragmentos dispersos y rotos. El estruendo de la bestia se multiplica en mis oídos. Estoy resuelto. Hasta el último rincón de mi carne, mi sangre y mis vísceras se concentra en este solo pensamiento.

En la primera línea de combate una infantería de cuerdas: el soporte anímico del regimiento. Soldados afanosos calan maderas, llevan al hombro las armas, corren los arcos mientras la brea, al igual que la pólvora seca, invade el escenario. Los violines son sopranos; las violas andantinas, chelos profundos respiran la cadencia lenta de los contrabajos.

Io sono Vincenzo Ascalone. La mia presentazione sarà breve: sono, prima di tutto, un musicista.

Hoy, al entrar, sentí que el teatro era otro... sí. Afuera, la luz del sol, los pájaros negros de oficios macabros: sus alas inmóviles navegan con los remolinos de cielo caliente. La búsqueda del festín cotidiano: banquetes de muerte y carroña. Sobre ellos el aire de la nueva mañana. Las nubes (altas y bajas) aproximándose a distintas velocidades; restos de la neblina anterior. En medio, un macizo de piedra, enmarcado por cerros verdes (murallas secretas de la ciudad). Y más lejos, el Santo Patrono, la montaña de cimas encanecidas por nieve y nubes perpetuas...

Cierro los párpados: respiro como si el aire pudiera limpiar mis entrañas. Una luz magenta aumenta con suavidad. Luego *Thunder and lightning* como quería el Maestro. Telón lento: un hato de murciélagos inunda el escenario con sus gritos. La caldera hierve enfrente de mí. Tengo estragado el paladar del alma...

Detrás de la primera trinchera, la caballería: briosos corceles dan movimiento y fuerza a la batalla. Maderas y alientos cálidos de diferentes

tonos e intenciones. Cuatro flautas, hermosas y poéticas. Un *píccolo* diminuto de voz agudísima. La hermosa nostalgia de los clarinetes. Una bestia extraña, el corno inglés. Tres fagotes señoriales y finos: siempre inclinados a la izquierda. Su hermano mayor: el contrafagot, ejemplar de magníficas proporciones y singular belleza. Y al final, los delicados oboes, todos de ébano; tiernos pero ásperos, oscuros en su madera pero coloridos en la tesitura: patéticos, pastoriles, parsimoniosos. Exóticos oboes pura sangre, caballos negros: el lujo de la orquesta.

El colmo, periodista, es cuando esas gotitas hipócritas y mustias intentan falsamente llover, y luego el solecito se te asoma por entre las nubes. ¡Peor que la humedad, sólo el bochorno! Esto que te digo es válido tanto para el clima como en la vida, porque al calor salvaje hay que añadir la sensación incómoda de evaporarte tú misma, víctima de tus fermentos, esclava de tus aromas: piel sedienta en ebullición. El sentimiento imperante por estas tierras es la humedad. Nostalgia húmeda cuando te levantas. Esperanza húmeda cuando te preparas un licuado de plátano para ahuyentar el hambre. Euforia húmeda los fines de semana... Tú, periodista, ¿qué haces los fines de semana?

No mientas, Gerardo (no me digas que te duele). Todo te lo he perdonado. Tus mentiras. Tus ausencias (cuando tu cuerpo estaba aquí conmigo pero tu mente y tu corazón deseaban otra cama). Tus silencios (las veces en que dormí junto a un cuerpo vaciado por otras pasiones). Todo te lo he perdonado, Gerardo (incluso la aventura con esa muchachita mulata). Tocas el chelo y sueñas con ella. Duermes conmigo y sueñas con ella. ¿Qué es peor, Gerardo? ¿Los actos o las omisiones?

Il cello! Ma che cosa succede con il cello? Vuole improvvisare, Lei? Non ha dormito bene? Mi dica come La posso aiutare, per carità! Da capo.

No es posible pensar en un músico como en un reloj, siempre igual, repitiéndose mecánicamente sin hacer casa de su propia sensibilidad. Yo soy músico y no solamente eso: soy violinista. Luego entonces entiendo a la perfección la necesidad que mantenemos las artistas de expresarnos, de dar a nuestras notas un sentido mucho más amplio que la mentalidad obtusas y cerrada de un loco; un loco que se cansa de romper el aire con sus gestas manilocuentes, su egocentrismo, su supuesto visionamiento superior de lo que la música debe ser. Su única función es irarnos tanto que toquemos sólo para desafiarlo. Juega el juego del ratito: el director se cree el gato; los músicos somos los ratitos. Yo no estoy de a cuerda. Soy un ser

sensitivo. Tengo el derecho de contribuir con mi creación al pulso interpretativo del orquesta. ¿Qué es un músico, sino un sentimiento encarnado en una instrumenta?

No hay lugar para la improvisación... no. Todo ha sido dispuesto. Es un orden perfecto, semejante a la Creación, donde la gran empresa consiste en reinventar la música. Todo previsto con anticipación: cada sentimiento que la batuta habrá de producir. La respiración de los instrumentos. Notas y efectos calculados con precisión. Pizzicatos, allegrettos, trinos y arpeggios: la magia de la música confeccionada con exactitud milimétrica. Hoy es un día distinto... Allá afuera, el bochorno: un sol que se asoma entre los restos de la neblina. Aquí adentro, en la Sala Mayor, otra atmósfera.

Crece la oscuridad. El grito de los murciélagos anuncia la entrada de las sombras. Tres siluetas, tres esqueletos; son mujeres pero podrían ser cualquier otra cosa: murciélagos, súcubos, bestias bípedas. Tengo estragado el paladar del alma. Mi mente es un nido de escorpiones. Mi vida es el cuento narrado por un idiota. Todos los fluidos de mi cuerpo se vuelcan en las vísceras. Mi guerra personal: las manos corrompidas por el crimen. Debo cuidarme las espaldas...

En la retaguardia, la artillería pesada. El asedio de los épicos morteros, la conquista de los tácticos obuses martillando hacia el frente de combate. Guerreros avanzando por la montaña. El estallido del odio y la venganza. Las aspiraciones nobles. Dios y el diablo. Contrapunto y fuga. Percusiones demoledoras: rítmicos tambores y melódicos timbales. Esquiras esparcidas por doquier.

¿Verte así, tan distante, tan señor de ti (todo ecuanimidad, diciéndome «lo mejor será que nos separemos»)? Mi angustia (la carne desesperada, el grito en mí, dentro del pecho, sin carne, sin sangre, hasta los huesos). Siempre te han gustado los ojos de las mujeres, Gerardo (y sus labios y sus piernas abiertas de par en par y sus sexos húmedos y asquerosos). Alguna vez te gusté, también. Dijiste que yo era suave, delicada en el fluir de mis caricias (y te faltaba tiempo para besar mi piel). Sufro yo y no sufres tú (siempre así). Estuve cuando me quisiste, como me quisiste (mascota fiel tuya, maltratador). Platícame de ella, Gerardo, dime cómo es tu putita mulatita, tu mujercita del oboe.

C'è un piccolo problema di comunicazione. Direi che non abbiamo bisogno di questa stridenza, questa mancanza di rispetto per la musica. Adesso lo facciamo bene. Da capo.

Sí, periodista: el bochorno te aplasta y te quita tus mejores intenciones. El cuerpo se te llena de calor, de inquietud; de un no sé qué tan especial... que tú sabes muy bien qué es y no te puedes concentrar. Entonces toco el instrumento con menos amor pero con un mundo de pasión. Tu pensamiento se distrae... se distrae... y tu imaginas... anhelas otro tipo de cosas que... ¡uf!... Pierdes el control: entras a una sala de turco general para sudar tus pecados más íntimos... Te impregnas de líquidos; de humedad. Caminas con el sudor entre las axilas... por la frente... sobre las piernas... en medio de... Dime, periodista, ¿de qué color son tus pecados?

Soy un hombre tranquilo... sí, pero cuando toco el timbal, me transformo... me transformo. Estás en medio del monstruo. La música en los oídos: angustia individual, sudor colectivo. El público: bestia oscura y anónima. Entonces la batuta se mueve, el orden perfecto de la orquesta funciona, y de la nada surge el sonido: la magia. Algo cambia y nadie, nunca, te lo podrá explicar.

Encienden una pira. Veo los huesos marcados en sus caras; los sexos indignos de tres muertes con hedor a carroña. La primera arpía habla y su voz se arrastra como heridas que raspan mi piel por dentro. Esa silueta me

promete el mundo: el mal es bien, el bien es mal. Otro esperpento conjura el tiempo con un fémur hecho flauta.

Está bien, periodista... Cambiemos de tema. La arquitectura de la ciudad. Vas por la calle: una pequeña metrópoli, escondida en el último rincón de la selva, cuando de repente... *Oh, my God!*: arcos ojivales, rosetones del Medievo, gárgolas burlonas... ¡Un pueblito tropical con pretensiones góticas! En la catedral tienen unos vitrales simpatiquérrimos... ¿Sabes, periodista? El piso de la catedral está en desnivel... Al hacer el amor allí debes convulsionarte como en resbaladilla...

¿Es el músico de orquesta un artista propositivo? ¿O un mero ejecutante? Si tengo ya una partitura, un director que me guía, alguien puede preguntarme: ¿cómo contribuye un hombre tranquilo, un timbal, a la creación artística?

Los violinistas somos la centralidad de los músicos. Y los músicos somos la centralidad del orquesta. Una Sinfónica debe tener músicos antes que directores o no será.

Ma perché non ci capiamo? Se lo spartito dice «allegro maestoso», perché mi fate quella cosa ridicola che non è nè allegra, né maestosa? Un'altra volta! Da capo!

Está bien, periodista... Cambiemos de tema. Las alimañas. Hay de todos los tipos: con seis patas, ocho patas, mil patas, sin patas. Se tragan tu licuado de plátano; pululan, se reproducen, te pican, lamen, succionan... Hipercucarachas gigantes que, encima de todo, vuelan: unos animalones bárbaros que yo pensé existían sólo en la mitología... No, es en serio, periodista, no te rías...

¿Es inteligente? (Conozco su belleza y, sobre todo, su putería, Gerardo. Pero no basta). Nunca podrá entenderte como yo. (Te conozco tan bien... Recuerdo tu aliento en mi espalda. El amor frente al espejo). No podrás tocarla como a mí (tus ojos en mis ojos; sin desviar la mirada). ¿Te quiere como yo, Gerardo (tu putita mulata del oboe)?

Tienes razón, periodista... Cambiemos de tema. Los rumores. Aquí circulan por doquier. La vida íntima y azarosa de Herr Bauer, el contrafagot... Las perversiones sadomaso de Miss Becker, la flautista... A mí me dicen *la mujer de ébano* —entiendes por qué, ¿verdad?— y también *la oboísta venida*

de lejos... ¿Cómo? ¿No sabes por qué *venida de lejos*? ¡Pues descúbrelo tú mismo!

No es que el director del Sinfónico sea ateo. El sí cree en Dios... pero supone que Dios es él mismo.

Questo non è il mercato! Una verdolaia suona meglio di voi!... Mi volete fregare, vero? Vedere la mia testa sulla merda, vero? Mascalzoni! Ma vi siete sbagliati di persona! Avanti! E questa volta, Dio santo, con forza, in tempo, emozionati! Da capo!!

Es cierto, periodista; dicen que los directores profanan el lecho nupcial con sus violinistas, sus *prima donnas*, sus flautistas sadomaso... e incluso —¿por qué no, periodista?— ocasionalmente con alguna de sus oboístas... Pero no: puedo decirte que en esta orquesta las cosas no funcionan así, desgraciadamente.

Soy un hombre tranquilo... el director de orquesta es lo más parecido a Dios que me he encontrado en este mundo...

¿Cuántos años tienes, periodista? Se ve que eres súperespacial...

Tres esperpentos solferinos exhiben la vergüenza de sus carnes, los sexos cubiertos por telarañas de tiempo. La neblina, pudorosa, vuelve a cubrirlas. Sus gemidos se arrastran como una herida que rasga mi piel por dentro. Convocan una maldición imposible: *Lo hermoso es horrendo, y lo horrendo hermoso...* Son tragadas por la tormenta y el infierno.

¿Necesitas muchas mujeres para ser feliz, Gerardo? (¿Eres feliz ahora, Gerardo? Esa sonrisa estúpida es lo único sincero en ti). Al final, cada frase tuya convertida en un reproche; una insinuación. Mis palabras convertidas en un arma, una ofensa que yo no había preparado (pero tú, inteligentísimo, desgranas cada maldita sílaba hasta encontrar mil significados distintos al original).

No, periodista: no quise decir súperespecial, sino súperespacial, y es que durante la entrevista me he fijado en ciertas anatomías tuyas que... Está bien. Cambiemos de tema. ¿Los rumores sobre Vincenzo Ascalone? El director de orquesta tiene sus bemoles... y no sólo en la partitura. Pobrecillo. Yo he sugerido... he insinuado... he propuesto... y lo patético llega a su clímax cuando él no corrobora... no solfea... no sintoniza... No se

lo digas a nadie, periodista, pero yo creo que el director sufre algún trastorno hormonal... A propósito, ¿sabes qué cosa es un clímax?

Mi porta il diavolo! Attenti tutti! Animali! Bestie da carica! Il cello! Il cello sempre in ritardo! Ma mi ascolti bene: se Lei sbaglia un'altra volta andrò a schiacciare la bocca del culo con questa bacchetta che ho tra le mani! Porca miseria!! Da capo!!!

¡El muro de Berlín ya no existe! ¡Abaja las regímenes totalitarias! ¡Muera el Ku-klux-klan del orchestra! ¡Somos creadores! ¡Estamos hartos de ser tratados como unos marionetas!

Todo debe rendirse a mi voluntad. ¿De dónde vengo? Del dormitorio del rey Duncan, a quien acabo de dar fin. ¿A dónde voy? Debo limpiar mis manos corrompidas por el crimen. ¿Quién soy?

Me considero un hombre tranquilo... Sin el director de orquesta no somos nada.

No, mi querido periodista: eso que has descrito no es un clímax, sino un simple airecillo acondicionado... ¿Un clímax artificial?... ¡Qué ingeniosillo me has resultado!...

Terminaste de hablar, Gerardo (y he perdido). Tienes razón: nada importa (pero sólo importas tú). Se acabó (pero quédate una noche más y hagamos el amor como antes: seré tu esclava, tu confidente, tu princesa...)

No... no hagas eso, mi queridísimo periodista... parezco de ébano, pero no soy de palo... Ten cuidado, porque después de los estrenos yo me pongo muy... No, en el camerino no... Cuidado con el broche...

¡Soy M, Señor de Glamis, soberano de la sangre! ¡Soy Cándor, candidato de los espectros, imbatible hasta que el bosque de Birnam cambie de sitio!
¡Soy M, ocupante espurio del trono de Escocia, títere del infierno y de Lady M, que me han impulsado, ambos, al crimen y la traición!

Sí... el director también es humano, aunque no lo parezca.

Ma che razza di uomini siete voi? La tuba, mi dica se conosce Lei questo segno! Si chiama silenzio. Si-len-zio! Ci mettiamo d'accordo tutti: se c'è uno di questi segni stiamo zitti tutti, va bene?

Es horrible. Todos me envidian. Los metales. Las percusiones. Las maderas. ¡Es muy engorrador ser tan virtuoso! ¡Qué espinante ser primer violinista! ¡El mundo me agrade y me ataca!

¡Mi guerra personal e intransferible! ¡Estoy nadando en un mar de sangre!
¡Mis manos corrompidas por el crimen!

Cantos marciales en los cobres: truenos de tormenta, timbres de trompeta. Trombas, trompetas y trombones. Una tuba solitaria, gigantesca, apuntando al cenit.

Mi mente: un nido de escorpiones... Un cuento narrado con furia por un idiota... Tengo estragado el paladar del alma... ¡Carajo!... ¡No me puedo concentrar! ¿Qué pendejo diseñó este teatro?

Yo le presento a usted otro signo. Se llama mentada de madre. Y se hace así... También sirve para producir un silencio. Mi tuba y yo nos pasamos a retirar. Salúdeme usted a su noble progenitora.

Beh!... Ya le digo a usted: il mio Vincenzo sempre ha sido un temperamentale...

¡Somos violinistas! ¡Somos músicos! ¡Somos el contrario de la gente!

¡Y en la línea de fuego, el general de división, símbolo de la seguridad de los soldados ante el fragor de la contienda!

¡No, no, no!... ¡Ay, periodista!... ¡Salvaje mitológico! ¡Fiera de fábula!... ¡Ay, no! ¡Ya no!... (!!!)... ¿Qué haces, imbécil?... ¡No pares! ¡Si digo «no» es para que sigas, no para que te detengas, estúpido!... ¡Está bien que seas un salvaje!... ¡Así! ¡Allegretto, forte, agitatissimo! ¡In crescendo para el gran finale!

Es cierto: no vale la pena vivir sobre las ruinas del pasado (pero no me importa, Gerardo: te juro que no me importa, y no tengo ya dignidad, ni orgullo, ni máscara). Será mejor que cada quien continúe su camino

(¡maldito seas, Gerardo! ¿y cuál camino me espera sin ti?). Así viviremos en paz (yo, deshecha; tú, con esa ladrona, con esa puta, con esa puta ladrona que te arrancó de mí).

¿Cómo puedo ser M con el pinche Rossini reverberando en los camerinos?... ¿Por qué nos programan a la misma hora? ¡Sólo el crimen puede consumir lo que ha comenzado el crimen, con un carajo!

Sí... Por un momento no eres de carne y hueso. Te fundes con la música; la música es uno mismo. Un instante con la eternidad: una especie de orgasmo maravilloso.

* * *

Mención honorífica entre mil cuarenta trabajos presentados en el 25° Concurso Latinoamericano de Cuento “Edmundo Valadés”, con el Jurado formado por Juan Villoro, Alejandro Aura y Pedro Ángel Palou García.

Diciembre 1996.